

y echaremos un trago á la salud de vuestros nobles abuelos: dadme un abrazo y quedad con Dios, Sr. Zancajo.

—Os vais tan pronto?

—Sí; ansío ver á mi familia..... no sé de ella..... conque..... adios! y no conserveis memoria de nuestras desavenencias.

—Ay, amigo Chancleta!

—Zapata.

—Ay! amigo Zapata..... dificilmente sanaré del gaznate.

—Quia! id por allá, y mi mujer os cura como por encanto. Figuráos que busca mas yerbas que un jumento, y las conoce mas que un boticario..... Ea! quedad con Dios!

Zapata se alejó á todo escape sin oir los últimos adioses que le mandaba Zancadilla.

D. GASPAR DE MENDOZA.

**V**OLVIÓ Zapata á ampararse de aquella misma casa en cuya puerta fué sorprendido por los esbirros de Garduña. Grande fué la sorpresa que recibió Juana cuando la relacion de la aventura de su padre le dió á conocer el gran peligro que amenazaba á Tetzahuitl; pero no fué menor su regocijo cuando pudo adivinar que un hombre, sin duda poderoso, amaba á la Dorantes con ese amor que se convierte en frenesí con los desdenes. ¿Y quién seria el nuevo amante? Juana lo ignoraba; pero se prometia encontrarle. Pensaba ponerse en observacion desde aquel mismo instante, pues tenia grande curiosidad de conocer á ese hombre, de hablarle, de ayudarle, de unirse á él con toda el alma, para quitar á Tetzahuitl esa mujer que le hacia tan desapacible y tan ingrato. Una vez allanado el principal obstáculo, Juana pensaba que todo lo demas seria fácil, si se atiende al poder destructor que tiene la ausencia sobre el objeto del cariño. Además, contaba



con su ternura, con su constancia, con su belleza, y en caso necesario, con los artificios ya vulgares en la coquetería del Viejo-Mundo; pero no conocidos por los sencillos habitantes del Nuevo.

Juana continuaba al lado de Isabel. La primera disimulaba su aborrecimiento. La segunda, segura del afecto de Tetzahuitl, miraba á Juana con benignidad, y allá en el fondo la compadecía, meditando en ese abismo de dolor que deja en el alma de una jóven la huella del primer desengaño.

Un dia se hallaba Juana en el jardin, en pié junto á un pequeño estanque, viendo á varios ánades que se perseguían á picotazos barriendo con sus pechos atornasolados la límpida superficie de las aguas. Juana entreabria de cuando en cuando su pequeña boca para aspirar el aire fresco del jardin; y le exhalaba tan ardiente, como si el suspiro, viniendo de las profundidades de su amor, saliese impregnado con partículas de fuego.

Acaso pensaba en Tetzahuitl; tal vez miraba reproducirse en el estanque la inmensidad del mar, y en uno de los ánades la nave que se aleja dejando tras de sí la patria, para marchar en pos de un incierto destino.

Quién sabe lo que hubiera durado la inmovilidad de Juana, si una mano que le tiró suavemente de los pliegues del sayo no hubiera venido á interrumpir el curso de sus pensamientos.

—Ah! sois vos, señor?

Era Mendoza, D. Gaspar de Mendoza, jóven segun contaban, enlazado con la primera nobleza de España, encomendero, alferez de la ciudad, comandante de quinientas lanzas, rico, hermoso, valiente, soberbio con sus dotes,

malo por naturaleza, generoso por afectacion, amador de las damas, amado siempre, y considerado por todos como la espada mas temible del reino. Tapia, Mendieta, Francisco de Medina y otros varios espadachines le temian y le respetaban. Su segundo, que era un aventurero, dueño de la fuerza, y cuya fama de valor y de habilidad era tan crecida como tan justa, le temia tambien, y llevaba sobre el cuerpo varias señales, que en tal hombre daban la prueba mas segura de lo que valia la espada de Mendoza. Era este considerado por Estrada como el mas firme apoyo de su gobierno; le amaba con exceso, hasta el grado de que malas lenguas aseguraban que D. Gaspar era un hijo adulterino del señor tesorero. Lo que mas caracterizaba á Mendoza su *galantería*, era un amor libidinoso, primero tierno y solapado, pero feroz, amenazante y tremendo cuando encontraba resistencia.

Isabel fué conocida por Mendoza el dia que celebró su casamiento con Dorantes. Mendoza, confundido entre la turba de los convidados, no separó un instante su vista de la jóven, cuya hermosura le pareció asombrosa. Vió al novio, le juzgó vulgar, y le vió cara de uno de tantos animales destinados por su mala suerte á ser con sus mujeres el juguete de los holgazanes. Además, una mirada que por acaso le dirigió Isabel, le pareció mas expresiva de lo natural. Creyó entonces haber hecho la impresion que estaba acostumbrado á producir en corazones menos puros que el de la desposada.

Dorantes, á quien Cortés queria dejar gozando aquellos primeros dias felices (que siempre son los últimos), marchó en la expedicion, por el influjo de Mendoza, que mostró á D. Hernando la grande utilidad que sacaria llevando



consigo á un jóven cuyo afecto era inmenso y cuya bravura le habia sacado varias veces de terribles aprietos. Mendoza, libre ya para dar principio al asedio, se hizo llevar á la casa de Isabel por Rodrigo de Paz. Su nombre, su posicion, su amistad con Cortés, su parentesco real ó aparente con Estrada, su exquisita finura, su charla graciosa y amena, y el aire de protector de los indios, que supo darse salvando de los impuestos ó del palo á algunos pobres que nada le importaban, hicieron que la jóven le tomase un distinguido afecto, llamándole á la faz del mundo el primero de sus amigos. Pero Gaspar de Mendoza, que hubiera querido ser mas bien el último de los amantes, despreció el noble título de amigo, é instaba con el mayor empeño á la Dorantes para que le consolase con alguna esperanza. La jóven sabia tenerle á raya, sin usar ni una sílaba que pudiera ofenderle. Esto ponía furioso á Gaspar de Mendoza. Su amor se convirtió en pasion, y la pasion en locura; vino despues un frenesí, que rompió, no se sabe en qué términos, que dieron mucho que pensar á Isabel. Sin embargo, despues de algunas oscilaciones, la amistad continuó como siempre, aunque Mendoza no pensaba sino en su capricho.

Hoy que lo ven nuestros lectores con la hija de Zapata, viene de hacer una de sus acostumbradas tentativas para vencer el alma de Isabel; y como siempre, llega pálido y humillado por la derrota.

—Te necesito mucho, le dijo á Juana.

—Soy vuestra criada, señor Mendoza.

—¿Tienes querido?.....

—Señor..... exclamó Juanita, cuyo rostro se tiñó de amapola.

—¡Vamos! responde.

—¿Querido?

—O novio; da lo mismo.

—Yo.....

—Sí, ó no.

—No señor.....

—A otro con esas. Pero vamos; si me haces un servicio que voy á pedirte, casarás con tu novio y tendrás un dote de 20,000 pesos.

—Señor..... ya os dije.....

—¡Quita allá, picaruela! Tú, que tienes esa boca tan linda..... y esos ojos..... A ver, ¡qué diablo! si no los levantas, te los levanto con un.....

—Ea! quieto! señor Mendoza.

—Bien..... me habia distraído..... ¿quieres servirme?

—Si no os explicais.....

—Voy á hacerlo; pero antes quiero saber algunas cosas. ¿Duermes tú con la señora?

—Duelmo en su pieza.

—¿Y la demas gente?

—En los aposentos de abajo.

—¿Y ese viejo?

—¿Qué viejo?

—Ese que cuida de la huerta.

—¿Mi padre?.....

—Cómo!..... Pues bien, tu padre.

—Duelme en la pieza de la huerta.

—¿El tiene las llaves?

—Sí, señor.

—Pues si me entregas esas llaves ó dejas que se quede abierto y.....



—Qué pretendeis, señor?

—Y procuras dormirte como un difunto la noche que yo te señale, te hago rica..... me llevo á Isabel, te vas adonde quieras, y á esto se reduce todo.

Juanita, de roja que estaba, se tornó pálida; no es difícil adivinar la causa. Cuando Arquímedes encontró su palanca y cuando Colon divisó tierra, deben haber palidecido. La hija de Zapata procuró disimular su alegría y determinó dejarse seducir por las promesas de Mendoza. Pero era preciso comenzar por mostrarse asombrada. En efecto, puso en su semblante la cantidad de azoramiento que requerian las circunstancias, y exclamó juntando las manos:

—Dios mio!..... Jesus!..... Nunca! nunca seré instrumento de tamaña infamia!

—Qué pierdes?

—Mi conciencia.

—Te la compro.....

—No; apartaos, Sr. Mendoza; nunca venderé mi alma por el precio que me proponéis. Buscad otra persona que por vuestro dinero traicione la amistad y sea cómplice de la deshonra de un hombre inocente.

Mendoza creyó que el interes no era el lado vulnerable de Juana, y pensó tentar su compasion antes de valerse de las amenazas. Entretanto, Juana, que veia meditabundo á Mendoza, creyó haber ido mas allá de la delicadeza y se propuso ser menos inhumana.

—Oh!—dijo Mendoza,—bien se ve, Juana, que no ha entrado en tu pecho, vírgen todavía, el veneno de un amor imposible!

—Señor,—replicó Juana,—hay hartas damas tan her-

mosas como Isabel, que pudieran distraeros de esto que no es mas que un capricho.

—Capricho! Niña, si fueras capaz de comprenderme!

—Amais de veras?

—Con el alma! y de tí pende mi destino.

—Pero es un crimen lo que exigís de mí, señor Mendoza.

—No digas tal, Juana; es solo una gracia, una gracia que ni mancha el lustre de tu honestidad ni turba el reposo de tu conciencia. Tuyo seria el crimen, si me ayudases á corromper el corazon de esa jóven, ó si me abrieses las puertas de su estancia para arrancarle por la fuerza lo que su virtud negaba á mis ruegos. Pero Isabel me ama....

—Dios mio!

—Sí, me ama; y si es un delito su pasion, ella sola es culpable. ¿Qué remedio encuentras para evitar un crimen que está consumado? ¿Crees que no protegiendo nuestra huida, salvarás el bien y la reputacion de Dorantes? No, Juana; tu afan serviria solo para perderle. Vendrá Dorantes, y en vez de hallar en su mujer el júbilo con que saludan todas al esposo que vuelve de una dilatada ausencia, verá la taciturnidad, el desprecio, el tedio que causa la aparicion de un importuno en el secreto paraíso de los dichosos. No dilatará en comprender su desgracia. Las mujeres tienen bastante vanidad para ocultar su amor á sus amantes; pero no la suficiente práctica en el disimulo, ni la calma para ocultar su crimen á la vista recelosa de sus maridos. Una mirada de cariño pedida mil veces en la soledad, y que se ha negado á nuestras súplicas, no espera sino la presencia del esposo, la expectacion de las gentes, el peligro de ser vista y notada y censurada, para romper los velos de la prudencia y partir impregnada de



indiscreta pasión, para alumbrar, como con un relámpago, el secreto escondido tras la serena faz de un amante. Isabel se denunciará como todas. El amor se escapa de los corazones, como el humo de la mirra por la cúpula calada del incensario. Isabel será desgraciada, y yo..... me veré en el caso de salvarla cruzando mi acero con Dorantes.

—Oh! no lo permita el cielo, señor!—exclamó Juana; —me causais miedo con lo que acabais de decirme. Seria capaz de dar la vida por evitar ese conflicto; pero.....

—¿Prefieres que Dorantes ahogue en sangre el amor de su esposa, y que yo lave en la de él la sangre que enrojecza sus manos; y que despues yo arroje la mia sobre.....

—Callad, por Dios! no presentéis á mi imaginacion tan lúgubres fantasmas. Acabaríaís por arrastrarme adonde me he propuesto no llegar nunca. Creo que sois bastante caballero para que os atrevais á cometer una fealdad que arrojará sobre vuestro nombre una mancha indeleble.

—Pues mira, Juana, estoy resuelto á hundirme en el fango. Nada me importa el nombre, nada me interesa la vida, nada temo ahora ni despues de muerto; y sea por los medios que fuere, poseeré á Isabel, pese á quien pese. Recuerda que yo he querido evitar hasta la mas leve sombra de violencia, por temor del escándalo y por aversion á la sangre. Recuerda, Juana, que ha estado en tu mano salvar de la publicidad la deshonor de una mujer, y de mi espada la existencia de un hombre. Recuerda tu indiferencia á los ruegos que te hago; para que no digas «soy inocente» cuando veas á tres personas abismadas en el infortunio; y tiembla, Juana, cuando algun terrible amigo de los míos te designe como la causa de mi perdicion y mi afrenta!

Juanita, no obstante sus propósitos, sintió un vago ter-

ror al ver y al escuchar á Mendoza. Aprovechó el momento en que sus manos se pusieron frias para tomar en ellas las del jóven, y exclamó con trémulo acento:

—Oh! señor, si me dijéseis la verdad..... si fuera cierto que evitaríamos tantos males facilitándoos la huida....

—Qué! consentirías?.....

—Tal vez!.....

—Ah! Juana! no esperaba yo menos de tu bondad; tú espera de mi afecto la mezquina dicha con que sea dado á mi fortuna rodear tus años juveniles. Dispon de mí, soy tu esclavo desde este instante; mi dinero y mi pobre espada están á tus órdenes.

—Y supuesto que es fuerza salvar á la señora, sin hacer un escándalo, ¿no seria mucho mejor prolongar la ausencia de Dorantes?

—¿Y quién pudiera prolongarla, sino la muerte?

—Ah! no! no! eso es lo que no quiero. Decidme qué se necesita hacer para que conjuremos el peligro, que no sean los medios criminales, que siempre pierden á los míos que se sirven de ellos.....

—Oh! son muy sencillos. Basta que con un pretexto cualquiera te alejes de Isabel.....

—Seria muy significativo.....

—Pues entonces, dejarte sorprender por los míos.....

—Tampoco..... temo cualquiera ultraje.....

—Pues.....

—Mirad, señor Mendoza, yo sé que Isabel baja á este sitio pocas horas antes de recogerse. Viene á tomar el aire de la noche por las avenidas del jardin, ó asomada en aquella ventana que veis ahí junto á los álamos. Podríaís entonces.....



—Muy bien pensado! ¿y cómo te parece que la sorprendamos?..... por la calle?

—No! encontraríais seguramente á personas que lo vieran todo, y que aun pudieran ofenderos.....

—Por la espalda?

—Tampoco..... no seríais tan violentos que un grito de Isabel no tuviera tiempo de sonar en la calle.

Mendoza, como recordarán nuestros lectores, habia dicho á Juanita que Isabel le amaba, dándole á entender que estaba de acuerdo para el lance. Así, las palabras de «sorpresa» y de «gritos» anunciaban claramente que Juanita se olvidaba de su papel, y Mendoza de sus mentiras. No obstante, siguieron discutiendo los planes de ataque, sin que ninguno reparase en su falta.

—¿No fuera mejor,—preguntó Juanita,—que la tomáseis cuando vaya por las avenidas esperando la hora de asomarse á la ventana?.....

—Crees tú que así puede verificarse con todo el sigilo.....

—Sí, señor.....

—Es decir, tendré que ocultarme con mi gente en el sitio que tú me designes?.....

—Sí, mirad: tras esa alcantarilla cubierta casi por las ramas de aquella higuera, pueden caber hasta doce hombres..... quedarán precisamente en un costado de la senda por donde Isabel acostumbra sentarse ó dar paseos.

—¿Y en aquel cuarto, me dices que habita tu anciano padre?

—Sí.....

—Podrá oír.....

—No; tiene buen sueño, y sobre todo, para que no me dé un pesar le dejaremos encerrado; no os parece?

—Bien. Resta que me digas la hora, para decirte el dia.

—Venid á la mitad de la noche; dos horas despues saldrá Isabel, y podreis llevárosla.

—Vengo mañana: ¿cómo hacemos para avisarte?

—Estad por la poterna; dareis un silbido, y yo misma bajaré á abriros; si algun obstáculo me detiene, descuidad. Anton, un criado en quien tengo puesta toda mi confianza, os franqueará el postigo.

—Corriente..... conqu.....

—Ay! señor Mendoza! tengo un miedo!.....

—Eh!..... vas á ver como se hace todo sin la menor dificultad.....

—No es eso, señor..... sino que temo.....

—Qué?

—Si faltáseis.....

—Quí! faltar yo! no me conoces, Juana. He jurado por mi cabeza llevarme á la Dorantes, y lo hubiera cumplido, aunque fuese necesario arrancarla de un claustro y acuchillarme con todos los maridos del mundo. Jura tú que á la media noche oirás un silbido.

—Dios mio! me siento como arrepentida de lo que os he dicho.....

—Juanita!

—Si hubiéseis abusado del cariño que profeso á Isabel..... y engañáseis mi credulidad.....

—Niña! no sientes tú misma la verdad de mi amor, y conoces que Isabel está dispuesta á todo?..... me juzgas tan ruin caballero, que osara tomar por escudo la mentira?

—No, señor..... pero.....

—Mírame!—dijo Mendoza cayendo de rodillas y tendiendo su sombrero en el aire. Te pido por piedad que ar-



rojes esa duda..... esa duda que puede dar al traste con tu felicidad, con la de Isabel y con la mia.

—Alzad! señor..... alzad; no os vea mi padre y diga..... Por Dios!

—Me crees ahora?

—Sí, sí..... quién se atreveria á dudar de un caballero como vos lo sois,—dijo Juanilla tomando á Mendoza por las manos, é invitándole á que se pusiese en pié; si me engañais, señor, Dios os lo demande. Yo no habré hecho una maldad, sino arrastrada por mis buenos deseos.

—Eres divina, Juana,—replicó Mendoza estrechando una de las manos de la jóven.—Quedamos?

—Os espero, señor Mendoza.

—Gracias mil! Juanita..... me permites que.....

—Cuidado! besarme la mano.....

—Juanita.....

—Idos, señor... hemos hablado mucho, y pueden notarlo.

Mendoza estampó un beso en la mano de Juana, se puso el sombrero y salió murmurando:

—Canario! he ganado á esa pazguata palmo á palmo. La pobre se ha dejado coger como un gorrion, y me ha creído como á los apóstoles. ¡Pobres mujeres! Qué poco trabajo cuesta fascinarlas!.....

Entretanto, Juana, viendo alejarse á D. Gaspar, decia para su sayo:

—Qué necio es este señoron! ¡Pobres hombres, tan vanidosos, y más que vanidosos imbéciles! Cree haber hecho una conquista, cuando él es el que se marcha conquistado..... ¡ja! ¡ja!.....

Autores graves aseguran que todos los casos de seducción son de este género.

**A**CERCÁBASE el término fijado por Negromonte á la existencia de Isabel. Chirinos, resuelto á dejar libre el paso á los destinos de la jóven, si esta permanecia inflexible, quiso por última vez probar si con sus ruegos lograba obtener algo que consolará su esperanza. Una larga entrevista donde agotó los recursos todos de la elocuencia, sin perdonar las lágrimas, le mostraron que el amor no se obtiene, como la limosna, á fuerza de súplicas. Que el ruego sirve muchas veces para hacer, no ya molesto, sino aborrecible, á un desdichado de esos que aman por una fatalidad á quien los desprecia. Chirinos adoptaba con Isabel esa táctica llamada por muchos con el nombre de *romanticismo*; es decir, un conjunto de prácticas dirigidas todas á mostrar que nos consume la mas negra melancolía. Esto será siempre una locura, y una locura siempre inútil. Nada mas interesante que esa dulce tristeza prendida como un velo sobre la frente de la ju-